

JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la  
BREVE HISTORIA de los...

# GLADIADORES

Daniel F. Mannix

Descubra la historia real de los legendarios y  
sanguinarios Gladiadores Romanos

JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la  
BREVE HISTORIA de los...

# GLADIADORES

Daniel F. Mannix



Descubra la historia real de los legendarios y  
sanguinarios Gladiadores Romanos



  
nowtilus  
saber

# BREVE HISTORIA DE LOS GLADIADORES

Daniel P. Mannix



**Colección:** Breve Historia ([www.brevehistoria.com](http://www.brevehistoria.com))

**Director de la colección:** Juan Antonio Cebrián  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Título original:** *The way of the Gladiator*

**Autor:** Daniel P. Mannix

**Traducción:** Manuel de la Pascua para Grupo ROS

**Edición original en lengua inglesa:**

© 2001 ibooks, Inc., New York

**Edición española:**

© 2004 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

**Editor:** Santos Rodríguez

**Responsable editorial:** Teresa Escarpenter

**Diseño y realización de cubiertas:** Carlos Peydró

**Diseño de interiores y maquetación:** Grupo ROS

**Producción:** Grupo ROS ([www.rosmultimedia.com](http://www.rosmultimedia.com))

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN:** 84-9763-141-2

**Depósito legal:** M-12792-2007

**EAN:** 978-849763141-9

**Primera Edición Libro Electrónico**

**Conversión Digital:** Newcomlab S.L.L. -[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)-

# Índice

Portada

Portadillas

Legal

Prólogo

Introducción

Nota del autor

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

Glosario

Bibliografía

## Prólogo

# Juan Antonio Cebrián presenta Gladiadores, el macabro espectáculo de Roma

*Soportaré ser quemado, herido, golpeado y asesinado por la espada,* estas palabras encabezaban el juramento de cualquier gladiador romano, en ellas se encerraba toda una filosofía vital que orientaría las acciones de unos hombres dedicados en cuerpo y alma a la supervivencia.

Gladiador, del latín *Gladiator*, etimológicamente significa el que lucha con la espada. Los orígenes de las luchas entre gladiadores se sitúan en el periodo etrusco. En ese tiempo recogemos los primeros testimonios que nos hablan de combates realizados para honrar a ilustres ciudadanos o guerreros fallecidos. Esas prácticas fueron asimiladas por los romanos primigenios y tardaron poco en ser incorporadas a las costumbres de aquella civilización. Lo que en principio fue un puro asesinato de esclavos y enemigos prisioneros, se convirtió, paulatinamente, en luchas profesionalizadas.

En la época republicana de Roma los notables pagaban abundantes sumas para contratar los servicios de estos hombres. En el año 264 a. C. queda reflejado un combate entre tres parejas de gladiadores para conmemorar el funeral de Juno Bruto. En Hispania el primer combate de gladiadores fue organizado en el 206 a. C. por Cornelio Escipión, el Africano, con el propósito de honrar la memoria de su padre y tío desaparecidos hacía pocas fechas. Otro claro impulsor fue Julio César, cuando no reparó en gastos a la hora de convocar grandes fastos que le sublimaran como líder de los romanos.

Durante todo el siglo I a. C. la popularidad de los potentes gladiadores se incrementó notablemente; miles de ellos morían en las arenas de los circos. La

crueldad llegó a tal extremo que el propio Octavio Augusto se vio obligado a dictar normas reguladoras de aquellos sanguinarios eventos. Protocolos muy difíciles de acatar para un fervoroso público ávido de originalidad y sensaciones distintas al aburrimiento.

El imperio potenció y ensalzó la figura del gladiador, convirtiéndole en un «semidios» al que se le otorgaban presuntos poderes mágicos; incluso se llegó a pensar que su sangre curaba determinadas enfermedades como la epilepsia.

Los gladiadores eran habitualmente esclavos, reos de guerra o condenados por delitos graves. Bien es cierto que, en numerosas ocasiones algunos ciudadanos libres o legionarios de mermado patrimonio se incorporaban a las escuelas de adiestramiento con el fin de intentar mejorar una precaria situación.

Algunos emperadores se involucraron tanto en el espectáculo que, finalmente, también se convirtieron en auténticos luchadores; fue el caso de Cómodo, hijo y mal sucesor del insigne Marco Aurelio, quien participó en 735 combates proclamándose a sí mismo «vencedor de mil gladiadores». Cómodo fue un criminal, vicioso y perturbado. Era frecuente verle ceñir los atributos del dios Hércules del que se creía una reencarnación para visitar el circo y allí masacrar a decenas de infelices disfrazados de animales.

Pero, ¿qué premios esperaba el gladiador por su esfuerzo? Varios y en este orden: seguir vivo, mejorar su situación económica y, por fin, la tan ansiada liberación que llegaba cuando un gran luchador acreditaba poseer cuantiosas victorias ganando de ese modo respeto y admiración de un pueblo entusiasta con sus héroes. Al liberado se le entregaba la *rudi* o espada de madera, signo supremo de la libertad para un gladiador. Un caso especial fue el del pompeyano Publius Ostorius, hombre libre que venció en 51 combates consiguiendo miles de sestercios y el amor de innumerables damas patricias; obviamente fue un hecho excepcional.

Los festejos en Roma eran constantes. En el siglo I d. C. el emperador Vespasiano mandó construir el anfiteatro Flavio, conocido popularmente como «el Coliseo». En ese magno recinto ovalado con capacidad para casi 50.000 personas se dieron cita las celebraciones más importantes del Imperio romano.

En los 30.000 m<sup>2</sup> que ocupaba se encontraban los subterráneos donde se ejercitaban los gladiadores, además de espacios habilitados para albergar centenares de bestias que, posteriormente, subirían en plataformas a la arena circense. Muchos emperadores utilizaron los juegos para complacer y tomar el pulso de la sociedad romana.

Los gladiadores desfilaban ante la multitud con sus vistosas indumentarias, tras esto se situaban frente al emperador y levantando sus brazos armados emitían el famoso saludo: «¡Ave César, los que van a morir te saludan!». Acto seguido realizaban un pequeño entrenamiento y, sin más, se entregaban a una lucha violenta y feroz por parejas jaleados por un populacho que, previamente, había cruzado sus apuestas. El delirio lo cubría todo y los gobernantes romanos sonreían satisfechos.

Existieron muchos tipos de gladiadores diferenciados gracias a las armas y defensas que utilizaban: los *secutores* iban armados con espada y escudo, lo que les proporcionaba extremada agilidad, convirtiéndoles en temibles para el combate; los *tracios* utilizaban rodela y puñal corto; los *retarii* manejaban redes emplomadas y afilados tridentes; los *mirmillones* usaban espada larga y grandes escudos; los *essedarii* combatían a caballo o en carros de guerra.

También existían gladiadores especializados en la lucha contra animales y, así, una larga lista donde aparecen todo tipo de armas, corazas, cascos y utensilios que hacían de aquellos hombres auténticas máquinas preparadas para matar.

Cada victoria de Roma era celebrada con enormes matanzas en sus anfiteatros. Una de las más destacadas fue la organizada por el emperador Trajano después de su victoria en la Dacia reuniendo a más de diez mil gladiadores que lucharon y murieron a lo largo de varias semanas para mayor gloria del Imperio.

Cuando los espectáculos de gladiadores eran organizados por las instituciones romanas se convertían en gratuitos. No obstante, surgieron empresarios privados que montaron con la autorización pertinente, combates por su cuenta.

En ese caso se cobraba una entrada que las élites pagaban gustosas dispuestas a contemplar a los mejores luchadores del momento. Por todas las provincias se esparció la costumbre de ver morir a hombres de forma violenta en la arena, sólo la refinada Grecia quedó al margen de éstas prácticas, por entender que aquello no era más que un capítulo injusto y vergonzante para la condición humana.

Con los años, los combates de gladiadores alcanzaron la perfección, miles de guerreros luchaban en la recreación de enormes batallas, terrestres y navales. Los presupuestos eran altísimos, se dice que el emperador Tiberio llegó a pagar 100.000 sestercios por una terna de gladiadores invencibles. Siempre que se preparaba una celebración de este tipo se anunciaba días antes por toda la ciudad. La noche previa a los combates era muy sugestiva para los gladiadores, ya que se les concedía el placer de una succulenta cena y el amor de mujeres bellas especialmente escogidas para la ocasión. Mientras tanto, las gentes hacían noche en torno a los anfiteatros con la ilusión de ocupar los mejores asientos en la esperanza de contemplar la vida o la muerte de sus idolatrados gladiadores.

En el siglo IV el emperador Constantino denostó este tipo de lucha, aunque sin llegar a prohibirla. La llegada del cristianismo provocó enormes críticas que enflaquecieron el ánimo de los romanos hacia lo que había sido uno de sus espectáculos más valorados durante siglos. Fue Honorio quien en el año 404 decidió acabar con las luchas mortales entre gladiadores.

Aquel episodio brutal quedó cerrado definitivamente, pero su memoria perduró durante generaciones hasta nuestros días.

En esta fascinante obra del gran divulgador Daniel P. Mannix, usted, querido lector, sentirá cómo su imaginación le trasladará a los escenarios que acogieron este sorprendente capítulo de uno de los imperios más violentos en la historia humana.

Conocerá episodios peculiares, circunstancias clarificadoras y, sobre todo, lo más importante, a sus protagonistas, ésos que tiñeron de vida y muerte las arenas del circo romano.

JUAN ANTONIO CEBRIÁN

# Introducción

*« . . . Un lugar sin justicia ni clemencia, donde sólo los más hábiles o los más despiadados podían sobrevivir ».*

Leí por primera vez la alucinante historia sobre los juegos en Roma de Daniel Mannix cuando tenía 14 años. Creo que leí el libro de una sentada o, más exactamente, acurrucado debajo de las sábanas con una linterna, de manera que nadie pudiera ver mis ojos saliéndoseme de las órbitas, asombrados ante la orgía de sangre en el Coliseo. Aunque esta sangrienta historia esté basada en las evidencias y los relatos de la época, Mannix (¡hasta su nombre suena como el de un gladiador de la Galia!) tiene una increíble habilidad, como un buen novelista, para que las escenas cobren vida y consigan transportarnos hasta allí.

Releyendo esta historia ahora, me doy cuenta de que me deja con la boca abierta de asombro. Los números te dejan pasmado, todos esos animales y seres humanos masacrados, los indescriptibles actos de crueldad, están más allá de lo explicable.

En Pompeya se alardeaba de la muerte de 10.000 hombres durante el curso de ocho espectáculos, y en uno de ellos se arrojaron 20 elefantes, 600 leones y más de 400 leopardos contra gétulos armados con dardos. Después de la victoria de Trajano sobre los dacios, 11.000 animales fueron masacrados por *bestiarios*, gladiadores especializados en luchar contra animales. A los toros y a los burros se les entrenaba para violar a las mujeres. Los estadios se inundaban para que flotas de navíos pudieran luchar hasta la muerte y se echaban cocodrilos e hipopótamos al agua para que atacaran a cualquiera que cayera en ella. De hecho, se inventó cualquier forma imaginable de torturar o de matar hombres, mujeres o niños, para divertir, impresionar y aplacar al populacho romano.

El coste, por supuesto, era asombroso. Un político se quejaba de que: «Me ha costado tres herencias callar la boca a la gente». (Pero, como sabemos todos,

ja nuestros políticos todavía les cuesta bastante dinero hacer que les traguemos!).

Los gladiadores no eran unos pobres infelices condenados a una muerte segura. Tenían sus habilidades especiales y estaban orgullosos de ellas: los *retiarios* luchaban con una red y un tridente, los *secutores* con un escudo y una espada; los *dimachaerus* luchaban con una espada corta; había arqueros partos, asirios y sus hondas mortíferas, germanos especialistas en jabalina, sijs del subcontinente indio, con sus aros arrojados, afilados como cuchillas; irlandeses pelirrojos armados solamente con sus *shillelachs*, capaces de partir los cráneos y hoplitas griegos con una perfecta disciplina.

Estos gladiadores podían ganar dinero y mucho, si eran especialmente hábiles y tenían suerte. Además, podían también tener mujeres, muchas, y algunas de alta cuna. Y podían ganar su libertad. De hecho, el escritor romano Epícteto dice que los gladiadores solían pedir más luchas, de manera que pudieran distinguirse y ganar más dinero.

Uno de los grandes placeres de este pequeño clásico es la manera en que Mannix consigue hacer que los gladiadores reales cobren vida. Basando sus mini biografías en hechos históricos reales, ha conseguido insuflar vida y muerte en personajes que

únicamente conocíamos por inscripciones en sus tumbas o por historiadores que fueron sus contemporáneos.

El mundo de los juegos romanos que aparece retratado vívidamente en *Breve historia de los gladiadores* parece, a primera vista, increíble por su ferocidad. «Esto no podría pasar ahora», nos decimos. Pero el populacho romano que soltaba risotadas ante la vista de los seres humanos, incluidas mujeres y niños indefensos, además de gladiadores, siendo desgarrados por animales salvajes, o quemados vivos, o crucificados o descuartizados, pues bien, este pueblo no puede descartarse como «antiguo». Sólo necesitamos asomarnos a las cámaras de gas, los campos de la muerte de Camboya, las fosas comunes de Ruanda y de

Kosovo, para darnos cuenta de que el populacho está siempre con nosotros, siempre pidiendo más sangre.

*Michael Stephenson, ex-Director Editorial del Club del Libro Militar*

# Nota del autor

Se han utilizado tantas fuentes durante la preparación de este libro que sería imposible nombrarlas todas. En muchos casos, sólo se tomó una referencia de algún libro. Sin embargo, algunas de las obras fundamentales sobre los juegos romanos aparecen en la bibliografía. Algunas de las secuencias, especialmente las de las descripciones de los espectáculos en los tiempos de Carpophorus, son un compendio de muchas fuentes. Para las descripciones de cómo Carpophorus entrenaba a los animales que tenían relaciones sexuales con mujeres, he utilizado a Apuleyo y también la técnica empleada por un caballero mejicano al que conocí en Tijuana y que hacía películas porno de 16 milímetros sobre el tema.

La descripción de la batalla de los *venatores* con leones y tigres es una combinación de varias fuentes originales, como el relato de J.A. Hunter de cómo los guerreros Masai cazan con lanza a los leones o los comentarios de Mel Koontz y Marbel Stark, ambos domadores profesionales de leones. La lucha con cocodrilos está descrita por Estrabón, pero he añadido material a partir de lo que me contó un indio seminola que luchaba con caimanes en Florida. Los combates entre gladiadores están todos tomados de relatos contemporáneos o del *graffiti* (dibujos en las paredes) de Pompeya.

Las luchas con toros están tomadas de los *graffiti* de las luchas, de relatos contemporáneos, de los frescos de Cnossos, de incidentes de los que he sido testigo en corridas de toros y de las sugerencias que me ha hecho Pete Patterson, un payaso de rodeo.

La batalla entre los *essedarios* y los hoplitas griegos es una combinación de las descripciones de Tácito de los carros de guerra británicos, la descripción de Hogarth de la falange hoplita en *Philip and Alexander of Macedon*, extractos de *Roping* de Mason, y de la manera en la que evolucionaban los escuadrones británicos a principios del siglo diecinueve. Las luchas de elefantes provienen de

fuentes contemporáneas y del capitán Fitz-Bernard, que vio elefantes de guerra en la India.

La descripción de la taberna de Chilo está tomada de *Pompeii* de Amedeo Maiuri y de mis propias notas sobre una tienda de vinos de la misma ciudad. La conversación entre los hombres es casi toda del *Satiricón* de Petronio. Aunque mi relato sobre la muerte de Carpophorus es completamente ficticio, se vieron también osos polares en la arena, posiblemente durante el reinado de Nerón. Los romanos creían que el cuerno del narval era el del unicornio. El narval, que es un mamífero como la ballena o el delfín, puede producir marfil.

# I

Nerón fue proclamado emperador y, durante dos semanas, el populacho protagonizó disturbios por las calles de Roma. La economía del imperio más grande que el mundo había visto se estaba desmoronando como un castillo de arena. El coste de mantener un enorme ejército, equipado con las últimas catapultas, ballestas y las galeras más rápidas estaba sangrando las reservas de la nación y, además, había que pagar altos subsidios a las naciones dependientes de Roma. El gobierno empobrecido no tenía ni los fondos ni el poder para detener los disturbios callejeros.

En medio de esta crisis, el Almirante de la Flota se apresuraba en su cuadriga para consultar con el primer tribuno.

«La flota mercante está en Egipto, esperando la carga», anunció. «Los barcos pueden cargarse con maíz, para alimentar a la gente hambrienta, o con arena especial de la que se utiliza para las carreras de cuadrigas. ¿Qué debemos hacer?».

«¿Estás loco?», exclamó el tribuno. «La situación está fuera de control. El emperador es un lunático, el ejército está a punto de amotinarse y la gente se muere de hambre. ¡Por todos los dioses, que traigan la arena! ¡Tenemos que borrar de sus mentes todos los problemas!».

Pronto los heraldos anunciaron que las mejores carreras de cuadrigas que pudieran recordarse se iban a celebrar en el Circo Máximo. Trescientos pares de gladiadores lucharían hasta la muerte y mil doscientos criminales condenados serían devorados por los leones. También habría luchas entre elefantes y rinocerontes, búfalos y tigres y leopardos contra jabalíes. Y, como número especial, veinte bellas jóvenes serían violadas por asnos. La entrada para los sitios posteriores era gratuita. Las primeras treinta y seis filas de asientos tendrían un precio reducido.

Todo lo demás se olvidaría pronto. El gigantesco estadio, para más de 385.000 espectadores, estaba totalmente abarrotado. Durante dos semanas se celebraron los juegos, mientras la multitud vitoreaba, hacía apuestas y se emborrachaba. Una vez más, el gobierno había conseguido un respiro para intentar solucionar sus dificultades.

Los juegos, como cortésmente se denominaba a estos espectáculos incalificables, eran una institución nacional. De ellos dependían para vivir millones de personas: los cazadores de fieras, los entrenadores de gladiadores, los criadores de caballos, los consignadores, los contratistas, los armeros, los encargados del estadio, los promotores y los hombres de negocios de todo tipo. El haber abolido los juegos habría dejado a tanta gente sin trabajo que la economía nacional se habría venido abajo. Además, los juegos eran la droga que mantenía al populacho romano anestesiado, de manera que el gobierno pudiera operar a sus anchas.

Un actor llamado Pilades le dijo desdeñosamente a César Augusto: «Tu puesto depende de cómo mantengamos al populacho entretenido». Juvenal escribió amargamente: «Al pueblo que ha conquistado el mundo ahora sólo le interesan dos cosas: el pan y el circo».

En cierto sentido, la gente estaba atrapada. Roma se había sobreextendido. Se había convertido, casi tanto por accidente como por estrategia, en la nación dominante del mundo. El coste de mantener la «Pax romana» sobre la mayor parte del mundo conocido era un empeño demasiado costoso, incluso para los enormes recursos del poderoso imperio. Pero Roma no se atrevía a abandonar a sus aliados o a retirar a sus legiones, que retenían a las tribus bárbaras, de una frontera que se extendía desde el Rin en Germania hasta el Golfo Pérsico. Cada vez que se abandonaba un puesto fronterizo, las hordas salvajes penetraban en el territorio, saqueaban la zona y se acercaban a los centros neurálgicos del comercio romano.

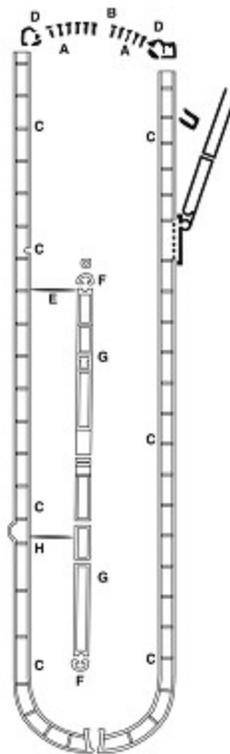
De manera que el gobierno romano estaba constantemente amenazado por la bancarrota y no había ningún estadista que pudiera encontrar una solución a las dificultades. El coste de su gigantesco programa militar era sólo uno de los quebraderos de cabeza de Roma. Para impulsar la industria en sus distintas

naciones satélites, Roma intentó una política comercial sin restricciones, pero los trabajadores romanos eran incapaces de competir con la mano de obra más barata extranjera, y pidieron aranceles más altos. Cuando estos se impusieron, las naciones satélites no pudieron vender sus productos en la única nación que tenía dinero. Para romper este círculo vicioso, el gobierno se vio finalmente obligado a subsidiar a la clase trabajadora romana para maquillar la diferencia entre su «salario real» (el valor real de los que producían) y los salarios necesarios para seguir manteniendo su nivel de vida relativamente alto. Como resultado, miles de trabajadores vivían del subsidio y no hacían nada más, sacrificando su nivel de vida por una vida más fácil.

La clase rica de Roma, que vivía en palacios y comía en banquetes donde se servían tales exquisiteces como lenguas de tordos en miel silvestre y ubres de cerda rellenas de ratoncitos fritos, debían sus riquezas a las grandes fábricas donde trabajadores esclavos producían enormes masas de productos mediante lo que hoy en día se conoce como método de *cadena de montaje*. Los granjeros desposeídos y los trabajadores sin empleo tenían un sólo grito: «¡Que paguen los ricos!». El gobierno respondía elevando los impuestos año tras año sobre los plutócratas, pero había un punto más allá del cual no se atrevían a pasar. Después de todo, eran los impuestos que pagaban estos ricos los que conseguían que el sistema continuara funcionando y el gobierno no se atrevía a arruinarlos. Se hicieron intentos de abolir el trabajo de los esclavos en las fábricas, pero los hombres libres pedían menos horas de trabajo y salarios más altos, de manera que, desde el punto de vista económico, sólo podía emplearse a los esclavos. Además, los propietarios de las grandes fábricas tenían mucho poder político y luchaban contra cada esfuerzo por derribar sus propiedades sobornando a senadores, contratando a miembros de grupos de presión y asegurándose el apoyo de los líderes de los trabajadores sin escrúpulos. Un romano propietario de una fábrica encontraba mucho más rentable gastar miles de sestercios en este tipo de prácticas que perder sus esclavos. Y los hombres libres romanos preferían el subsidio de desempleo y los juegos frente a la necesidad de trabajar para vivir.

Para el populacho romano, sumergido en un enredo económico que no podía entender y que era incapaz de romper, el circo era la única panacea para sus

problemas. Los grandes anfiteatros se convirtieron en los templos, hogares, lugares de reunión y en el ideal del hombre corriente. Como los juegos eran ostensibles ceremonias pías en honor de los dioses, se gratificaba su sentido religioso. Cada hombre era capaz, durante unas cuantas horas, de habitar un edificio mucho más espléndido que el Palacio Dorado de Nerón, en lugar de su atestada casa de vecinos. Aquí podía reunirse con otros hombres libres, tener un sentimiento de unidad ya que se sentaba con su facción para animar a un equipo dado en las carreras de cuadrigas e imponer sus deseos al emperador, ya que los romanos se decían a sí mismos: «Sólo en el circo el pueblo manda». Los romanos reverenciaban el valor y a cada romano le gustaba considerarse un luchador duro y fuerte. En Roma, los muchachos se identificaban con los gladiadores de fama, al igual que hoy en día un entusiasta del boxeo puede identificarse con un boxeador de éxito.



AA. Puerta de salida E. Puertas de salida B. Porta Pompae: puerta central FF. *Metae* para las procesiones GG. *Spina*, colocada ligeramente CC. Hileras de asientos en diagonal DD. Torres del *oppidum* H. *Tribal Judicium*: sitios de los jueces